

Homilía Fiesta de San Josemaría (25 de junio de 2010)

Catedral de Buenos Aires

Mons. Mariano Fazio

Remar mar adentro (Lc 5,4) en el año del Bicentenario

Hemos escuchado el evangelio de la pesca milagrosa, que propuso Don Álvaro del Portillo, primer sucesor de san Josemaría, para leer el día de su fiesta. Este pasaje del evangelio sintetiza el espíritu apostólico que Dios quiso comunicar a san Josemaría, en el que quiero centrarme en esta homilía.

El inolvidable siervo de Dios Juan Pablo II escribió una carta titulada *Novo Millennio ineunte*. Ante el desafío de un mundo que se aleja de Dios y que aumenta en complejidad, nos animaba con fuerza a “remar mar adentro” (*Novo Millennio ineunte*, n.1). A no quedarnos reclusos en nuestro ambiente personal, en lo que algunos llaman “el espacio de confort”. También nuestros Obispos, haciéndose eco del Romano Pontífice, nos animaron en ese sentido, en un memorable documento.

Hoy se cumplen 200 años y un mes del primer gobierno patrio. Los recientes festejos del Bicentenario nos llevan a dar gracias a Dios por tantos beneficios que hemos recibido de su bondad en nuestra historia. También este año se cumplieron los primeros 60 años de presencia del Opus Dei en el país. Los dos aniversarios nos llevan –además de a la acción de gracias- a un sincero examen de conciencia sobre cómo hemos cumplido con nuestras responsabilidades de cristianos y de ciudadanos.

Con pena, el documento de Aparecida constataba para toda América Latina: “**El cristiano de hoy no se encuentra más en la primera línea de la producción cultural, sino que recibe su influencia y sus impactos” (Ap. 509)**. Por omisión, individualismo, falso espiritualismo y, a veces, clericalismo, los cristianos hemos dejado de ser la savia de la sociedad, y nuestra voz pareciera desaparecer o contar poco en el espacio público.

No es algo sólo de hoy. Ya en el lejano 1932, San Josemaría escribía: “**Es frecuente, en efecto, aun entre católicos que parecen responsables y piadosos, el error de pensar que sólo están obligados a cumplir sus deberes familiares y religiosos, y apenas quieren oír hablar de deberes cívicos. No se trata de egoísmo: es sencillamente falta de formación, porque nadie les ha dicho nunca claramente que la virtud de la piedad –parte de la virtud cardinal de la justicia- y el sentido de la solidaridad cristiana se concretan también en este estar presentes, en este conocer y contribuir a resolver los problemas que interesan a toda la comunidad” (San Josemaría, Carta 9-I-1932)**.

No podemos conformarnos con resolver los problemas familiares y personales. Son prioritarios, pero han de constituir la plataforma para lanzarnos “mar adentro” a buscar a todos los hombres, a llevar el mensaje de Cristo a cada uno y a cada una. De nuevo, cito las conclusiones de los obispos latinoamericanos reunidos en Aparecida: **“Necesitamos salir al encuentro de las personas, las familias, las comunidades y los pueblos para comunicarles y compartir el don del encuentro con Cristo... No podemos quedarnos tranquilos... en nuestros templos... somos testigos y misioneros, en las grandes ciudades... y en los areópagos de la vida pública...”** (Ap. 548).

“La caridad de Cristo —dice San Pablo— nos urge” (2Cor 5,14). Y el amor implica entrega, salir de uno mismo, don sincero de sí. Con otras palabras, lleva a complicarnos la vida. **“Vuestro amor a todos los hombres —escribía San Josemaría en 1948— os debe llevar a afrontar los problemas temporales con valentía, según vuestra conciencia. No tengáis miedo al sacrificio, ni a asumir cargas pesadas. Ningún acontecimiento humano puede seros indiferente, antes al contrario todos deben ser ocasión para hacer bien a las almas y facilitarles el camino hacia Dios”** (Carta, 15-X-1948, n. 28).

Cada uno debe preguntarse, yo también me lo pregunto: ¿me estoy complicando la vida por llegar a más almas, a nuevos ambientes, en el anuncio de Jesucristo? ¿Por salir al encuentro del otro?

Ir “mar adentro” significa adentrarnos en una aventura apasionante, una **“aventura de amor a lo divino”**, con expresión del santo que celebramos hoy. Ir al encuentro del otro nos reclama adaptarnos a lo que el otro necesita, en lugar de centrarnos en lo que nosotros queremos dar. Recientemente, el señor Cardenal recordaba a un grupo de sacerdotes la necesidad de entrar en sintonía con las necesidades y expectativas de las personas que nos rodean, que van desde la praxis sacramental hasta la asistencia y promoción para los más pobres y excluidos (cfr. Card. Jorge Bergoglio, charla al clero de San Isidro: “El sacerdote en la ciudad, a la luz del Documento de Aparecida”, 18 de mayo de 2010).

Me gustaría comentar un episodio de la vida de san Josemaría en su visita a Venezuela, para que nos sirva de disparador al pensar en cómo nos planteamos personalmente lo que el Santo Padre Benedicto XVI ha llamado “el escándalo de la pobreza en Argentina”.

Contestando a una pregunta sobre la educación de los hijos, en una de esas reuniones multitudinarias que mantuvo con todo tipo de personas, San Josemaría señaló: **Yo les pasearía un poco... por esos barrios que hay alrededor de la gran ciudad de Caracas. Les pondría la mano delante de los ojos, y después la quitaría para que vieran las chabolas, unas encima de otras: ¡y ya les has contestado! Que sepan que el dinero lo tienen que aprovechar bien; que han de saberlo administrar, de modo que todos participen de alguna manera de los bienes de la tierra. Porque es muy fácil decir: yo soy muy bueno, si no se ha pasado ninguna necesidad.**

Un amigo, hombre de mucho dinero, me decía una vez: yo no sé si soy bueno, porque nunca he tenido a mi mujer enferma, encontrándome sin trabajo y sin un céntimo; no he tenido a mis hijos debilitados por el hambre, estando sin trabajo y sin un céntimo; no me he encontrado en medio de la calle, tendido sin un cobijo... No sé si soy un hombre honrado: ¿qué habría hecho yo, si me hubiera sucedido todo eso?

Mirad, hemos de procurar que no le pase a nadie; hay que habilitar a la gente para que, con su trabajo, pueda asegurarse un bienestar mínimo, estar tranquilo en la vejez y en la enfermedad, cuidar de la educación de los hijos, y tantas otras cosas necesarias. Nada de los

demás puede resultarnos indiferente y, desde nuestro sitio, hemos de procurar que se fomente la caridad y la justicia (AGP, P04 1975, pp.83-84, citado en Andrés Vázquez de Prada, *El fundador del Opus Dei*, Tomo III, Editorial Rialp, pie de página 2012).

El año pasado estuve ayudando espiritualmente a universitarios de una residencia de Buenos Aires. Varios chicos iban todas las semanas a la villa 31 y la 21 a dar apoyo escolar... Otros se reunían los lunes para hacer la noche de la caridad, y dar de comer a personas sin techo que duermen en las plazas. Al charlar con ellos me doy cuenta de lo importante que es el encuentro con la persona necesitada: ver a Cristo en el prójimo necesitado, para tomar conciencia de los bienes recibidos y de la deuda de amor que tenemos con los más pobres. Un cristiano, nos recuerda siempre San Josemaría, no puede permanecer indiferente ante las necesidades, espirituales y materiales, de los demás. Lo decía con conocimiento de causa, porque afirmaba que el Opus Dei había nacido entre los pobres y los enfermos de los hospitales de Madrid.

En el ya citado documento de Aparecida se subraya una idea que –estoy seguro- le hubiera encantado a nuestro santo. Allí se pone en relación la opción preferencial por los pobres con la evangelización de los constructores de la sociedad: una de las causas de la injusticia patente que vemos en América Latina reside en que muchos miembros de las clases dirigentes presentan una falta de coherencia entre lo que se cree y lo que se vive. De ahí la importancia y la urgencia de evangelizar esas personas que son tan relevantes para la vida de un pueblo (cfr. Ap. 501).

Entramos así en el último aspecto que quería comentar en esta homilía de la fiesta de San Josemaría en el año del Bicentenario. El ambiente relativista que campea en varios sectores de nuestra sociedad está proponiendo modelos de vida, de familia, de costumbres, que en nada contribuyen al bien común. No podemos estar ausentes del debate cultural: tenemos que “ir mar adentro”.

No participar podría ser, parafraseando a San Josemaría, una “**criminal omisión**” (Carta, 9-I-1959, n.20). La familia y la vida son los valores esenciales de la persona humana y de la sociedad. Ninguna excusa es válida para ausentarse. En épocas de convulsión social, escribía el Fundador de la Obra: “...**es en el terreno político donde se debaten y se dictan leyes de la más alta importancia, como son las que conciernen al matrimonio, a la familia, a la escuela, al mínimo necesario de la propiedad privada, a la dignidad –los derechos y los deberes- de la persona humana. Todas estas cuestiones, y otras más, interesan en primer término, a la religión, y no pueden dejar indiferente, apático, a un apóstol**” (Carta, 9-1-1932). Como nos ha recordado la Conferencia Episcopal, debemos pasar de *habitantes a ciudadanos*, de pasivos y quejosos, a proactivos y testigos de Cristo en todos los ambientes.

Termino con unas palabras de San Josemaría, que pronunció en el teatro Coliseo, un 23 de junio, que son casi una oración por nuestro país: **¡Quereos, todos los argentinos! ¡Pasad por encima de pequeñeces; ya es hora de que os queráis y que os apretéis en un abrazo fuerte, fuerte! Por motivos terrenos no tengáis nunca disgustos entre vosotros, ni malquerencias. ¡Quereos como hermanos! Nuestra Señora de Luján os bendecirá así. Y esta nación será en el mundo una maravilla, y llevará, arrastrará a otras por caminos limpios, y dará felicidad a muchos hombres.**

Mons. Mariano Fazio, vicario del Opus Dei en Argentina
Buenos Aires, 25 de junio de 2010